

A propósito del año dedicado a la vida consagrada

Ivone Gebara

El otro día le pregunté a una amiga, Hna. Tereza, de edad ya avanzada, qué era la vida religiosa hoy para ella. Y ella, pensativa, calló unos instantes y respondió: «No sé». Yo, inquieta y medio perpleja con la respuesta, reaccioné precipitadamente: «¿Cómo, después de tantos años de vida religiosa y con una hoja de servicios grande como la tuya, te atreves a responder que no sabes? ¿Estás decepcionada con tu largo camino o con tu opción de vida?» «No». ¿Te habría gustado tener otra vida?» «No». «¿Has perdido la esperanza en la lucha por la justicia y por la misericordia?» «No».

Ella se acomodó mejor en la silla, tomó un sorbo de té de hinojo, terminó el bizcocho que había empezado a comer, me sonrió y empezó a hablar:

No eres la primera persona que me hace esta pregunta. Religiosas jóvenes, sacerdotes, agentes de pastoral, periodistas, vecinas del barrio, ya me la hicieron. Cada uno espera que yo les conteste según su perspectiva y muchas veces acaban frustrados, como tú, porque respondo desde mi actual y contextual punto de vista. Decir «no sé» es bastante más difícil que retomar el texto del evangelio y decir que intento seguir la Buena Noticia de Jesús dentro de mis posibilidades. Decir «no sé» es más complicado que situarme a partir de las teologías del post Concilio Vaticano II. Decir «no sé» es más complicado que hablar de la opción por los pobres y del feminismo que abracé. Decir «no sé» tal vez es revelar una experiencia de intimidad conmigo misma que, si por un lado me constriñe, por otro, me libera. Esta postura me hace tener conciencia de las muchas muletas que usé y todavía uso para justificar mi vida, teniendo a la vez cierta conciencia de que eso forma parte de la vida humana. Buscamos teorías, ropajes, reglas hábitos, ejercicios, Concilios que nos den la seguridad de saber qué es y para qué sirve nuestra vida. Buscamos convencernos de que el camino del bien que escogimos no tiene ambigüedades ni contradicciones, que tenemos claridad sobre el evangelio y el seguimiento de la vida de Jesús. Hacemos muchas veces el papel del fariseo que se cree justificado. Queremos continuidad histórica y para eso queremos discípulas y discípulos que reproduzcan más o menos nuestra vida, como si la continuidad pudiese dar sentido a nuestro presente. Aunque digamos que no buscamos gloria ni prestigio, una y otro están presentes como si estuviesen embutidos en nuestro intento de servir a los demás. Creer que somos heraldos del Reino, que hacemos la voluntad de Dios, que anunciamos el Reino ya implica una gloria íntima, una presunción, un orgullo, una superioridad ética, aunque sea bastante pequeña. No siempre nos damos cuenta de que eso es la superficie de la vida, la moda del momento, el lenguaje del momento, tal vez incluso la ilusión o la frustración del momento».

«Hna. Tereza, estás filosofando y yo no estoy entendiendo adónde quieres llegar. ¿Puedes hablar más claro con algunos ejemplos?»

En ese momento, la Hna. Tereza miró las flores del desordenado jardincillo que podíamos ver desde su ventana, como si buscara un poco de descanso. Eran flores de muchos colores, mezcladas con el verde de la hierba que había crecido con la lluvia. Había acabado el té y no quiso otro, aunque se lo ofrecí. Por un momento, tuve miedo de mi forma de reaccionar y de mis persistentes preguntas, pero enseguida volvió al tema y empezó a hablar.

«Lo que me pides es más difícil para mí, pues a menudo, cada uno quiere escuchar lo que a sus oídos y a su corazón les gustaría oír. Cada uno interpreta lo que oye a su manera... Cada uno justifica lo que vive y piensa como si fuese el único centro del mundo. Pero voy a intentarlo, y si fuera preciso, me interrumpes.

Cada experiencia tiene su importancia, mayor o menor, para quien la vive. Nuestras experiencias son en realidad toda nuestra vida, aunque podamos hacer algunas cosas y algunas elecciones que dan una tonalidad diferente a nuestra cotidianidad. Pero es el día a día, a veces repetitivo, marcado por conflictos, por la monotonía y por el cansancio, la materia mayor de nuestras experiencias de vida. Muchas veces las personas prefieren las bellas palabras, las historias edificantes y las hermosas teorías a las experiencias vividas en lo cotidiano. Es como si las teorías tuviesen una nobleza mayor que las simples experiencias. Es como si las teorías pudiesen describirse más allá de las contradicciones de la realidad. Y es como si el pasado fuese más importante que el presente. Esto es muy habitual en la Iglesia y en las congregaciones religiosas. Hablamos más de lo que ya fue o de lo que imaginamos posible y menos de lo que realmente se vive hoy. Alabamos más el pasado que el presente. Además, nos engañamos con las propias palabras o con los textos de la Biblia o con los escritos de los fundadores o incluso con los discursos del papa. ¿Puedes entenderme cuando digo que es la música la que me sustenta? Ciertamente, si te gusta la música, te será más fácil. ¿Qué posibilidad hay de leer buenos libros que me nutran? ¿Cuántas veces el encuentro con una persona que me toca el corazón se parece a como ardía el corazón de los discípulos de Emaús? Queremos eternizar aquel momento... Lo que está escrito y vivido de muchas maneras. Cada uno interpreta como quiere y lo usa como puede, según la perspectiva en la que se ubica. Si fuese solo eso, sería bueno, pero de hecho acabamos enfrentándonos unos a otros, tirándonos piedras solo porque no son como yo, no piensan como yo, no viven como yo. Por eso, la mayoría de las cosas buenas que suceden en el corazón del ser humano se expresan poco. Lo sabemos en teoría, pero tenemos miedo de probar las muchas «buenas noticias» en lo cotidiano de nuestra vida y de hablar de ellas, pues las juzgamos menos importantes que un texto escrito.

Los pobres, la tragedia de los miserables, el hambre de los niños, la violencia creciente contra las mujeres, la guerra sin fin, la mentira y la corrupción de las que todos/as participamos, no alimentan mi corazón. Al contrario, me deprimen,

me menguan, me hacen sufrir, me entristecen... Elijo la belleza que hay en una persona, la belleza que reside, por ejemplo, en una pobre mujer que vive en la calle, o en la grandeza de corazón que percibo en un fisioterapeuta que me ayuda o en un carpintero que reparó mi armario. Su belleza me redime, o sea, me hace aprehender la humanidad que no puedo y no quiero dejar perderse. Es esa belleza por la que lucho, es esa vida preciosa que está en nosotros y fuera de nosotros que pide más vida. No son las recetas que tengo para sacar a una mujer de la calle las que marcan la diferencia entre su vida y la mía, a pesar de la importancia de eso, sino ese algo especial que una descubrió en la otra o que una descubre en otro. Ese algo más allá del número de pobres atendidos, más allá de las estadísticas, más allá de los alimentos básicos distribuidos, más allá de la ciencia de los movimientos del cuerpo. Esto se empieza a percibir después de muchos años de vida... Pasé por muchas fases en medio de mis tortuosas búsquedas. En el mismo sentido, las celebraciones, las misas, los votos, las promesas, las oraciones se pierden cuando no expresan lo que habita en nuestro corazón. El gran problema es que desconocemos nuestro corazón. Estamos viviendo formas y fórmulas en las que colocamos nuestra seguridad. Repetimos cosas de otros y nos alegramos porque creemos que estamos bien adaptadas a ellas, que somos fieles a ellas. Vibramos con las luces externas y no conocemos nuestras pequeñas lámparas. Nuestras lámparas solo pueden ser alimentadas con el aceite que portamos en nuestro interior. Y siento que ya no sabemos cómo encontrarlo en nosotros. Tenemos que correr a los cambistas del templo para comprarlo y entonces perdemos la oportunidad de descubrir que su fuente brota en nosotros y que es la que posibilita los encuentros inesperados y la acción de gracias. El camino hacia uno mismo es arduo y diferente en cada persona. A pesar de ser uno, no siempre conseguimos descubrirnos con nuestra propia originalidad. Muchas veces imagino que esa fue la búsqueda constante de Jesús...: encontrarse más allá de las leyes y de la sinagoga y encontrar a las personas más allá de las leyes, de la sinagoga, de las costumbres y del Imperio Romano».

Esta vez fui yo la que comencé a moverme en la silla y quería profundizar más en lo que estaba oyendo. Notaba un extraño sentimiento, una mezcla de alegría, agitación interior y perplejidad. Por eso dije : «Pero, Hna. Tereza, parece que no tienes en cuenta toda la evolución y los esfuerzos hechos por tantas mujeres y hombres que a lo largo de la Historia siguieron a Jesús y entregaron sus vidas para salvar vidas».

Mi entrevistada se levantó un poco, se sirvió agua, miró de nuevo su jardín y volvió a sentarse. Sus ojos brillaban más que antes y parecían reflejarse en sus lentes mezcladas con la luz del atardecer del día y de su vida. Retomó la palabra con un tono menos dulce que antes :

«No, no me olvido de la historia pasada. Continuamos esa larga historia y vamos sumando nuevos capítulos a partir de nuevos momentos y de nuevas influencias de la sociedad en general. Desde los eremitas del desierto, pasando por la fundación de las comunidades religiosas, por la misión cultural de los monjes que

preservaron la cultura antigua y medieval, por el nacimiento de las órdenes mendicantes y de los predicadores, de las congregaciones dedicadas a la educación de los pobres y a la creación de hospitales para los pobres, por la vida en grupo en los lugares más marginales y abandonados, hasta el reciente esfuerzo para ayudar a crear en América Latina las comunidades eclesiales de base y los movimientos populares en el campo y en la ciudad, así como la actual lucha contra el tráfico humano, todo eso es nuestra historia, llena de grandezas y de mezquindades, de contradicciones y armonías. En el fondo de esta larga historia siempre estuvo presente la creencia de que algunas personas son llamadas por Dios a restaurar las relaciones humanas y a seguir a Jesús pobre, célibe y obediente. Creyeron eso y crearon organizaciones, disciplinas, espiritualidades para que pudiera ser una realidad. Justificaron como pudieron su elecciones de vida. No faltaron esfuerzos positivos, pero tampoco rigidez, opresión e incluso crueldad, que acabaron mostrando cómo para algunos las leyes establecidas se volvieron más importantes que el amor y la misericordia. Fuimos cómplices de muchas formas de opresión y de muchos crímenes que se hicieron sin que levantásemos nuestra voz porque creíamos en un orden establecido como voluntad de Dios y seguimiento de Jesús. No aceptamos revisar nuestras creencias acerca de ese orden llamado divino. Hoy, esta visión está siendo cuestionada de diversas formas y estamos siendo invitados/os a repensar nuestras acciones y motivaciones a partir de otros modos de expresión de nuestra fe. Es un momento difícil, sombrío y al mismo tiempo muy rico. Creo también que solo la minoría aceptará este nuevo desafío de nuestra historia».

Hna. Tereza se calló como si continuase conversando consigo misma y recordase otros acontecimientos que no valía la pena compartir conmigo. Pero yo quería saber más, mucho más, porque las preguntas que le hacía eran también, en gran medida, preguntas que yo me hacía. Continué : «Pero una vez más, ¿dónde están las cosas concretas de la vida? Ya que has hablado de experiencias cotidianas sin contar hechos o acontecimientos, me gustaría saber un poco más de todo eso».

Hna. Tereza parecía un poco cansada de mis preguntas. La noche ya se estaba anunciando y yo tenía que pensar en terminar la entrevista.

«Sí, quiero hablar ahora sobre todo de nosotras, las mujeres, que a pesar de seguir muchas orientaciones masculinas y de someternos a su voluntad como si fuese voluntad divina, hemos sido capaces de una extraordinaria proximidad con los más pobres. Hemos sido nosotras las creadoras las primeras huertas medicinales para cuidar de nosotras mismas y de los más pobres, hemos compuesto tonalidades diferentes de música sacra, hemos inventado la poesía romántica... Hemos curado y acogido enfermos, hemos cuidado la sarna y las lombrices de muchos niños, hemos atendido partos en lugares lejanos, donde no había médicos ni comadronas, hemos creado cocinas comunitarias para alimentar a ancianos y a niños. Hemos enseñado a leer, escribir y contar. Hemos aliviado muchos dolores en medio de la contradicción de nuestras propias vidas. Recientemente, hemos aprendido y enseñado a los pobres y sobre todo a las

mujeres a leer la Biblia a la luz de los acontecimientos actuales, de manera que hagan suyo un saber que era privilegio masculino. Denunciamos las estructuras de opresión y, últimamente, las estructuras de opresión de género, tan presentes en nuestras organizaciones religiosas. Una parte del pueblo y una parte de nosotras hemos conseguido liberarnos del fatalismo religioso y de la dominación masculina sobre nosotras y sobre la religión. Hemos desnudado a los reyes y a sus dioses. Nos sentimos dentro de la historia, construyéndola y modificándola. No éramos y no somos solo espectadoras, sino participantes activas. Esto nos proporciona experiencias bellísimas de libertad y de verdad, pero también sufrimientos, persecuciones y la experiencia de desnudez de nuestras propias seguridades. ¿Y dónde estamos ahora? Hablo solo de algunas de nosotras, las que han problado tal vez algo parecido al embarazo tardío de Isabel... Estamos un poco sin pie en las cosas del pasado y sin pie en las cosas del presente, sobre todo en lo que se llaman estructuras oficiales de la Iglesia... Por eso, quizá, nos incomoda la repetición de palabras viejas o la invención de otras como «recreación», «refundación» que revelan nuestra pobreza y miedo ante el momento actual. Ojalá no tuviéramos tanto miedo de desaparecer o de transformarnos en «comida» diferente en estos días. Siempre hay algún miedo a la novedad, pero muchas veces retenemos la tradición y la aprisionamos para no enfrentarnos a los desafíos que nos lanza este tiempo. Hay mucho que pensar y hablar sobre todo esto. Ve y haz tú lo mismo con tus compañeras y compañeros. Tenemos que tener la humildad de decir que no sabemos mucho, que somos ignorantes en relación a los suspiros de nuestro corazón y simplemente darnos las manos para mantener la esperanza».

La mirada de la Hna. Tereza se posó suavemente en mí. Yo estaba medio confusa y sin saber qué hacer o decir. Y quise terminar con una última y atrevida pregunta: «Con todo eso que dijiste, Hna. Tereza, una vez más, ¿qué es hoy la vida religiosa para ti?» Entonces, con una sonrisa entre cansada y pacífica, se abrió en dulce risa y respondió: «No sé»...

Abril 2015

(Publicado en portugués en Adital, el 16-4-2015¹, y traducido al español por María José Ferrer para *Desveladas*)

¹ <http://site.adital.com.br/site/noticia.php?lang=PT&prevlang=ES&prevprevlang=PT&cod=84724>